

NARRACIONES CORTAS

Quitapellejos



Ángel Inoriza Rueda

Médico
Primer Premio
Narraciones Cortas
edición 2006
Modalidad A

Alas cinco en punto aparecen por el marjal. Los aviones llevan su carga de guerra para los buques fondeados en el puerto. Sueltan sus bombas y se van. Desde el fuerte de Galeras, los antiaéreos responden con fuego de metralla. Ta, ta, ta taaaa.

Me llamo Iñaki y vivo en la calle San Fernando, junto al Molinete, donde reciben las mujeres de mala vida, justo encima de Ultramarinos Salvador Mateo. Los niños del barrio nos apodan los *franchutis*, porque dicen que hablamos con acento extranjero.

El Viejo (*) nació en el Norte y trabajó en la mina desde los siete años. Recogía los pedazos de mineral que caían de las vagones cuando los mineros las arrastraban desde las entrañas de la tierra. Ahora es maestro de forja. El ingeniero jefe se lo trajo con el traslado al sur. Las emigraciones son duras y pasan factura, dice El Viejo.

Recuerdo las tardes en el Norte. La Vieja preparaba la merienda. Pan con chocolate y leche fresca. Todos los días la traían recién ordeñada desde el caserío de Urruti. Cómo me gustaba repelar la nata sobrante de la primera hervida con un poco de azúcar. Tampoco olvido a María de la O, la palmeta de madera con la que Don Indalecio nos atizaba si no le dábamos bien la lección. La letra con sangre entra, decía. Y zas. Cinco, diez, quince palmetazos. María de la O estaba rajada por su mitad de tanto uso. Y cuando Don Indalecio aplicaba el reglamento, la raja hacía presa en la carne con un pellizco aumentando el dolor. Yo aguantaba el castigo sin llorar. Jamás corría a refugiarme en las faldas de La Vieja.

A mí no me gustan los refugios. Huelan húmedo y pican. Dicen que allí hacen su agosto los piojos. Yo no quiero que me rapen la cabeza como a mi hermano el pequeño. Empezó con la rasquiña y La Vieja le peló al cero. Ahora parece una bombilla. En casa le llamamos Pelón. El mayor y yo vamos siempre juntos. La Vieja dice que corramos al refugio en cuanto suenen las sirenas. Pero yo prefiero ir al marjal a contar aviones. Acuden en formación. Cuando terminan la batida regresan por el paseo de los Mancos. Entonces cuento las bajas que consiguen los antiaéreos. Ya sé sumar y restar.

Hay quien quiere cerrar la escuela. Por lo de la guerra, dicen. Aunque yo, si no fuera por el hambre que se pasa, no lo veo para tanto. Yo me divierto mucho en la guerra. Soy rojo y comunista y me cago en los fáchas de mierda. Mi Vieja dice que los niños no hablan de política pero no se puede doblegar la voluntad de los pueblos, como dice Nicario Zabala, el vecino del quinto.

Por las tardes echo una mano en la taberna del Pedrugón y me gano una peseta diaria. Entrego el sueldo en casa, ya soy un hombre. Por eso La vieja me da una perra chica para *rogalicia* aunque yo prefiero fumar *Liberal*. Me trago el humo a pecho. Al principio tosía un poco pero ya me he acostumbrado. Mi hermano Fernando ayuda en casa Mateo, barre la tienda y despacha cuando don Salvador tiene que salir a algún recado. Se han hecho muy amigos y dice que, de mayor, quiere ser tendero. En la fábrica de mi padre hay mucho trájín. El ingeniero jefe se ha marchado por ideales. Desde entonces El Viejo no está bien mirado. Las envidias de la gente. Cuando sea mayor seré marino que es lo que da dinero. Viajaré por todo el mundo y tendré muchas novias. El Viejo dice que para eso hay que estudiar mucho. Pronto entraré de aprendiz en el

Consejo. El Viejo me ha enseñado un letrero que hay en la Puerta:

Trabajo, maravillosa palabra que sintetiza el progreso del hombre, en tiempos antiguos significaba esclavitud, en los modernos, libertad.

Me la tengo que saber de memoria, para que vaya aprendiendo, dice.

Con los niños del Molinete hacemos peleas a piedras. Sus madres se van con los marineros, por eso son hijos de puta. Se enfadan mucho cuando se lo gritamos y entonces empiezan las pedradas. El otro día le di a uno en un ojo y salió llorando. Seguro que era marica, el pobre. Un día capturamos a uno de su pandilla y los mayores le hicieron un gazpacho. Le metieron dentro de los calzones, paja, barro, mierda de perro y ortigas. Lo mandamos con su madre. ¡Cómo se rascaba! A mí aún no me han cogido pero si ocurriera no pienso llorar. Los rojos somos gente de pelo en pecho. A veces, juntamos los orines en una lata. La ponemos inclinada sobre la puerta, llamamos al timbre y salimos corriendo. Desde nuestro escondite, nos reímos por dentro cuando abren y los meados se cuelan dentro de la casa. En la guerra no se pasa tan mal. Aunque La Vieja dice, puta miseria, y luego suspira. La desahoga, dice.

En casa no hay mucho que comer. Yo voy a robar naranjas siempre que puedo. Cuando hay bombardeo es más fácil. Cuento aviones mientras me como los gajos. Donde el tío Pencho birlo habas tiernas. El tío Pencho tiene una escopeta de sal. Y cómo se las gasta. Todavía me acuerdo del tiro que llevo en la espalda, lo que escocía. Se me saltaron las lágrimas pero no lloré.



Las cáscaras de naranja las guardo para cuando no hay otra cosa. Se te hinchán un poco los bellos pero te quitan el hambre para un rato. Los Viejos están muy preocupados y discuten mucho. Yo le digo a La Vieja que no se apure, que si la guerra dura mucho me hago marino y le mandaré queso de Holanda y carne argentina. Ella sonríe y me acaricia la frente. A mí me parece muy guapa cuando quita la cara de enfado, y cuando se ríe.

La otra tarde, La Vieja regañó con hermano y conmigo. Casi me saca la cabeza del cuerpo a empellones. No me salía la voz con el resuello. Luego se arrepintió y nos besó llorando. Nos abrazó a los dos y nos dijo lo mucho que nos quería. A mí se me hace que no fue para tanto. Resulta que se le acabó el carbón y nos mandó comprarlo a la carbonería de la Tía Tomasa. La fila llegaba hasta el cuartel de artillería. Oímos a una señora decir que en Quitapellejos había carbón de sobra sin tantas colas.

Nada más entrar en Quitapellejos, de repente, las sirenas anunciaron aviones enemigos. No conocíamos el pueblo, ni dónde estaba el refugio. La gente corría en todas direcciones. Cada uno ocupado en resolver sus asuntos. La madre a por el bebé que dejó dormido en la cuna; el otro en cerrar el puesto de fruta; aquel en avisar al abuelo que era sordo. No sabíamos dónde acudir. Vimos un militar retirado que, muletas y arrastrando una pierna, se apresuraba por una calleja. Le preguntamos si nos podía indicar el

refugio. Seguidme, contestó. Dos calles más abajo, que se hicieron eternas, atravesamos un campo de fresas. Si no estuviéramos en éstas ya me hubiera gustado probarlas. El estómago me dió un pellizco. Al ruido de las sirenas se añadió el de los aviones. En el horizonte, entre las dos colinas que abrazaban al pueblo, atisbé el escuadrón, dos columnas de cazabombarderos. Cuando atravesamos el campo de fresas, al pie de una pequeña colina, vimos la boca del refugio. Echamos a correr dando las gracias pero dejando atrás al viejo militar, que se las componía para no enterrar en la tierra las muletas de palo. Los aviones se acercaban más y más. La boca del refugio era un embudo de gente que corría hacia él. El militar seguía rezagado. La primera formación de aviones lanzó una ráfaga de metralla que zumbó tras nuestros oídos. Ya casi estábamos llegando. Suerte que la metralla ni nos rozó. Mira hacia atrás buscando al militar que salía entonces del cultivo de fresas. En ese momento el segundo escuadrón volaba por encima de nuestras cabezas. Soltaron dos bombas. No me hizo falta mirar hacia el cielo. El silbido del proyectil al rozar con el aire era para mí tan familiar como el chasquido de los dedos. Miré a mi hermano mientras seguía corriendo. A punto estábamos de alcanzar la entrada del refugio donde nos encontraríamos a salvo. Justo a un salto de la puerta se sintió la explosión a nuestras espaldas. La onda expansiva nos empujó hacia dentro, cayendo en el regazo de una señora de carnes fofas que amortiguó el golpe. Pasó casi una hora hasta que terminó el fuego enemigo y dejaron de oírse las sirenas. Fuimos los primeros en salir.

Justo en la puerta, la cabeza del militar yacía separada del cuerpo. No olvidaré la expresión de su cara. Los ojos saltones, como sorprendidos y la lengua fuera de la boca, algo torcida y manchada de tierra. Parecía que preguntaba: ¿niños, porqué no me habéis esperado? Varios cadáveres estaban esparcidos a distancia. Mutilados algunos, reventados los otros. El olor a sangre y a pollo destripado se me agarró a la garganta.

Corrí asustado hasta mi casa sin pensar. Cuando doblé la esquina del Molinete, un carro estaba parado en la calle con medio caballo sujeto a su arnés.

El otro medio, asomado a la balconada del primer piso. Subí las escaleras de dos en dos y de cuatro en cuatro. Cuando entré en casa resoplaba sin poder hablar. Mi madre gritó: ¿dónde está tu hermano, dónde está tu hermano? No me salía la voz del cuerpo. La Vieja, cada vez más nerviosa, me zarandeó por la camisa. Nunca había visto a la Vieja así. ¿Dónde está tu hermano, dónde está tu hermano?, repetía angustiada. Yo seguía sin poder articular palabra, recuperándome de la carrera y la emoción. Por fin, llegó mi hermano que corría detrás de mí sin lograr darme alcance. Entonces, la Vieja nos estrujó contra su pecho y dijo que no ganaba para disgustos, luego lloró, nos besó muchas veces y se reía nerviosa como una loca.

Cuando estábamos más tranquilos empezaron los picores. La Vieja preparó un balde con agua para hervir la ropa. Los piojos nadaban en el agua. Nos lavó todo el cuerpo y de cuando en cuando nos besaba y abrazaba a pesar de estar enjabonados.

Desde ese día, lo de contar aviones ya no me interesa. Ya sólo paso por el marjal cuando espío a los novios en el paseo de los Mancos. Se meten mano cuando creen que nadie les mira. Si la guerra dura mucho tendré que hacerme marino que es lo que da dinero, viajaré por todo el mundo y compraré carne argentina y queso de Holanda.

(*) El/la Viejo/a: Manera al uso en Vizcaya de dirigirse a los padres en señal de cariño y respeto.